

SEMBLANZAS LITERARIAS

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

Ostenta el hábito clerical; es actualmente catedrático de literatura en la Universidad Central de Madrid. Cejador ha hecho sudar exorbitantemente las imprentas de la metrópoli española. Es un bibliopirata; hace tiempo que espetó al público Hispano Americano, una historia de la literatura que consta de doce tomos; y no puedo formar otro juicio sobre esa obra, que el de apellidarla *Compilación histórica*; porque a la verdad esto es a mi ver esa voluminosa obra. A Cejador le falta como ya se lo han advertido autorizados críticos, entre otros con mucha circunspección don Julio Casares, un trabajo tenaz de poda literaria; no escribir tanto pero escribir más concienzudamente; y entonces no tendría aserciones y pareceres aventurados, en muchos de sus escritos. Yo no critico ese fervor, mejor dicho febrilismo de publicación que según creo es una dolencia muy antigua de Cejador; está bien el escribir; pero también es bueno pertrecharse de antemano para no dar un paso en falso y exponerse a jugar un mal papel ante el público... De este achaque adolece casi siempre Cejador; es algo o bastante exclusivista. Le gusta abrir camino con sus juicios aun a guisa de atropellar en su vereda, el parecer de respetables autoridades, como le acontece en su Historia, con lo que han aseverado y no fortuitamente, un Milá y Fontanals, un Menéndez Pelayo, un Ramón Menéndez y Pidal, un Rodríguez Marín, etc... Hay que reconocer que si bien el señor Cejador está preparado competentemente debido a sus estudios que hiciera en la Universidad de Beirut, y que posee no vulgares conocimientos filológicos como aparece claro por su monumental diccionario castellano, con todo no se puede negar que es algo autoritario en sus dictámenes y en sus fallos. Basta para muestra, la tenacidad con que sostiene el origen vascongado de nuestro idioma, siendo así que reconocidas competencias en la materia y a pesar de los estudios del señor Cejador de los cuales no carecen (aunque él así lo crea), los contrarios, afirman y sostienen la procedencia latina de la lengua cas-

tellana. En cuanto al estilo, Cejador tiene uno, muy personal; y por cierto cautiva y seduce; a mí me parece que lo suyo, lo personal que tiene en su Historia Literaria, sus juicios breves pero acertados, lacónicos pero expresivos, es lo de más valor que ostenta en sus escritos, nunca amenguando por supuesto el mérito que supone revolver libros y más libros para compilar una historia... Cejador es también novelista; pero me parece que su pluma no está tajada para novelar fantaseando. Esto le daña y perjudica, pues es un óbice a la contracción que debiera tener para escribir obras de fundamento histórico que requieren reposo y sosiego para juzgar con imparcialidad. Otra cosa que a veces se echa de menos en los juicios críticos de Cejador; admira quizás demasiado a algunos poetas de nuestra patria como al carducciano Alma Fuerte; y tributa elogios desmedidos a otros escritores, si bien de gran mérito literario, nada recomendables por su moral y sus ideas antirreligiosas.

Cejador ha comentado dos libros que por cierto son dignos de censura, pues aunque tengan bellezas extraordinarias y de ningún cuerdo literato negadas, siempre han estado bajo la implacable fécula de una crítica exigente y laudable por todos conceptos. Me refiero a la edición de la *Celestina*, y del libro *Del Buen Amor*, del Arcipreste de Hita, anotadas por el señor Cejador.

Es menester estar sobre aviso para no dar un traspié, al juzgar obras tan resbaladizas. Cejador, lo volvemos a decir de nuevo para terminar su semblanza, es bastante atrevido, y confía quizás demasiado en su ciencia, en su erudición y en sus fuerzas literarias. *Sumite materiam vestris qui scribitis, aequam viribus*; este consejo del Venusino lo debieran tener ante los ojos escritores que toman sobre sí estudios verdaderamente hercúleos, y después dan en tierra con todos sus panfletos a la mitad del camino...

MIGUEL ASIN PALACIOS

Este sabio y distinguido sacerdote aragonés, catedrático de árabe en la Universidad Central de Madrid, y poco ha recibido como miembro de número en la Real Academia de la Historia, es ya conocido y justamente apreciado en el mundo literario por su famosa obra intitulada *La escatología musulmana en la Divina Comedia*, por la cual ha merecido juicios de escritores como M. André Bellessort, quien le dedicó en la *Revue des Deux Mondes* un largo e interesante artículo comentando su notable trabajo, como asimismo el profesor

inglés sir T. W. Arnold, en la *Contemporary Review* tuvo a bien interesar a sus lectores con un aquilatado juicio sobre el libro de Asín Palacios.

Ambos distinguidos escritores están contestes en el valor histórico y crítico de las aseveraciones que formula en su libro el sacerdote español. Tanto es así, que al terminar su concienzudo trabajo, dice el señor Arnold: «Cuando la obra del señor Asín sea estudiada con más simpatía que hasta ahora lo ha sido, es de esperar sea aceptada su conclusión de que Dante, absorbido por su gran proyecto de delinear el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, no podía haber desdenado el empleo de los materiales que el Islam le ofrecía, materiales que pudieron estar a su disposición por diversos medios. A mi juicio es nuestro moderno alejamiento de la cultura del mundo islámico la causa de que el libro del señor Asín haya sido recibido con tanta hostilidad. A la generación actual le es difícil apreciar la capacidad de los sabios de la Edad Media, para recibir la cultura mahometana, especialmente en lo tocante a materias de fe y dogma. En la Edad Media, los cristianos tomaban con gusto del mundo musulmán todo lo que pudiesen emplear en servicio de la fe católica; no creían impropio guardar los huesos de sus santos en fábricas preciosas, cubiertos de inscripciones del credo del Islam y ofrecerlos así a la veneración de los fieles. ¿Por qué Dante habría sido distinto de sus contemporáneos y no habría tenido esa católica capacidad de asimilar?

La cualidad o nota peculiar de los escritos del sabio arabista español, es una acendrada modestia; distintivo de todos los hombres verdaderamente sabios y grandes. Nada de presunción se trasluce en sus profundas elocubraciones; un estilo sencillo y correcto; madurez y peso en las afirmaciones y tesis que sostiene. Y una grande superioridad de ánimo sobre todas las mezquindades que suelen suscitarse al aparecer un trabajo de esta laya. Nunca ha pretendido el modesto sacerdote herir la honra nacional de nadie. Esto no quita que se hayan suscitado algunos valientes o por mejor decir temerarios que han pretendido refutarle o en otros términos más claros, desmentirle. Entre ellos citaré, por ser de nuestra tierra, al doctor Angel Licitra, quien ha intentado dar por tierra con la tesis de Asín Palacios, pero hay que confesar sin recelo que ésta mantiene su veracidad. Es falso, pues, lo que aseveraba en el diario *La Nación* en el número del domingo 11 de septiembre de 1921 dedicado a conmemorar el centenario del Dante; el libro del doctor Licitra no hace más que corroborar lo que Miguel Asín Palacios ha dejado firmemente asen-

tado, puesto que no le ataca sino indirectamente, tratando de establecer un concepto claro de originalidad. Está bien; pero a un arabista se le refuta con las mismas armas que él ha usado; de otra suerte se cambia el estado de la cuestión. Para derrocar el castillo, en que está escudado el profesor de la Central, es necesario estudiar árabe; de otra suerte el que intente refutarlo fracasará, como los hechos lo evidencian con luz meridiana. Terminaré esta sencilla semblanza del ilustre Académico arabista con las palabras de M. André Bellesort, en su mencionado trabajo, sobre la escatología musulmana de Miguel Asín. Dice, pues, el insigne literato francés: «Dante al apoderarse de los elementos artísticos y místicos que el Islam le ofrecía y que en nada contrariaban los dogmas de la Iglesia, los devolvía a la cultura cristiana aumentando su riqueza. Recristianizaba concepciones que habían perdido su partida de bautismo y hasta el recuerdo de su origen. Pero las tradiciones islámicas no lo han tomado todo del Judaísmo y del cristianismo; se han nutrido con las religiones orientales; detrás del profeta que vuelve de su viaje nocturno, entreveremos caminos que se pierden en la Caldea, en Persia, en la India, en donde, antes de llegar a nosotros, recogió algunos de los ensueños que desde hace millares de años vienen teniendo los hombres ante la muerte. Los que pasaron a la «Divina Comedia» le dan una significación humana más amplia. Mahoma me hace la impresión de un hombre pobre y seco, al lado del peregrino de Florencia. De todos los pasajes de autores musulmanes que el señor Asín cita, y algunos de los cuales son muy hermosos, ninguno me ha dado la emoción con que me angustian los versos de Dante...» Nadie vaya a creer que esto es una refutación del señor Asín; se trata de un estado anímico del crítico francés, diverso, como se deja entrever, al leer los versos del Alighieri y los de Aben-arabi; lo mismo que sucede a cualquiera que toma en sus manos la *Eneida* de Virgilio; es natural que será afectado de muy diversa manera que al recitar los Hexámetros de Homero o leer en voz alta algún fragmento de la *Farsalia* de Lucano.

SAMUEL G. LORENZANA.